

Santiago Rusiñol

El símbolo, el dramaturgo y el pintor

= De La Prensa. Buenos Aires. =

El símbolo de Barcelona.—Este hombre, que acaba de morir en Aranjuez, junto a los jardines que había amado tanto y pintado tantas veces, era en los últimos años de su vida lo que pocos consiguen y nunca se habían propuesto: el símbolo de Barcelona, su ciudad. ¡Cuántas veces no la había fustigado: en artículos, en novelas, en obras de teatro! Pero los catalanes habían llegado a ver en Santiago Rusiñol el símbolo de la profunda transformación de la ciudad, entre 1888, el año de la primera exposición, y los años de la segunda exposición y de la proclamación de la república.

Nacido en febrero de 1861, de familia industrial y comerciante, trabajó en el escritorio de su abuelo hasta los 25 años de edad, en que abandonó los negocios para entrar en el estudio de un pintor, ir al año siguiente a París, educarse en el triunfo de los impresionistas y erigirse, al volver a España, en uno de los revolucionarios de la pintura y, al mismo tiempo, por consejo de Modesto Sánchez Ortiz, director de *La Vanguardia*, en uno de los satíricos más celebrados que ha tenido España. Se cuenta que cuando tenía 6 años de edad vendió por cuatro cuartos una madeja y que miró por los dos lados las dos monedas de cobre, acción que entusiasmó tanto a su abuelo, que lo besó por la primera vez en su vida. Este mismo niño avaricioso ha ganado y gastado después ríos de oro y no ha vuelto a mirar una moneda ni un billete de Banco.

Parte de su popularidad hay que achacársela a su tipo. Estaba dotado de gran belleza física. Había algo de Júpiter en él, alto, ancho y barbudo, mezclado con una buena cantidad de Baco, porque vivió la vida como un fauno. Gozó de todo y se burló de todo. Rubén lo indicó en un brindis celebrado en su honor en Barcelona:

*Gloria al buen catalán, que hizo
a la luz sumisa,
jardinero de ideas, jardinero de
sol;
y al pincel y la pluma y la barba
y la risa,
con que nos hace alegre la vida
Rusiñol.*

León Daudet, de quien llegó a ser íntimo amigo, por la gran admiración que Rusiñol había tenido hacia su padre, el creador de Tartarín, cuenta haberlo conocido en un sanatorio de París, donde ambos se curaron de la afición a la morfina. Rusiñol llamaba a la morfina "pequeña porquería", pero



Santiago Rusiñol

(Apunte de Aristo-Téllez.)

La alegría que pasa

= De La Voz. Madrid. =

Si la juventud se relacionase mejor con el espíritu que con los años, Santiago Rusiñol no habría envejecido nunca. Pocos ánimos mejor dotados que el suyo para desafiar al tiempo, a fuerza de salud moral, alegría, jovialidad . . . Pero es fatal que los jóvenes dejen de serlo y que los viejos mueran. Todo va hacia la muerte. Incluso Santiago Rusiñol. Pero ha muerto no sin recibir la última concesión de una primavera en Aranjuez. Al pie del cañón, como quien dice: su cañón era aquel arte tan personal por cuya virtud disparaba, certero, la emoción de las fragancias, los colores, los murmullos de todos los jardines de España.

En la España contemporánea, la cabeza de Santiago Rusiñol se erguía con inconfundible señorío. Melenuda y barbada, llevaba a pensar en otras épocas, en otras modas y otros modos . . . Los hombres del mundo moderno ya no quieren ni saben caracterizarse. Peinado simple y rasurado absoluto: he aquí el canon de nuestros días. Santiago Rusiñol, llevaba el pelo y la barba florida de los dioses clásicos, de los trovadores, de los bohemios y últimos románticos. No pensemos en la otra línea de los apóstoles y de los conquistadores . . . Santiago Rusiñol no peleaba por nada que no fuese su capricho personal, la razón de su arte o el servicio a su propio fuero de perennidad. La guedeja y la barba de Rusiñol—nunca imponente, siempre risueño, a lo más esquinado por la ironía, amigo del vino y el chiste—cifrabán bien el secreto de su arte, explicado a medias por el Mediterráneo clásico y el París que torpedeó la guerra.

Literatura muy literaria la suya. Todo en Santiago Rusiñol estaba literatizado: su cabeza, por supuesto. También su pintura. Su vida entera . . . No era pose: nada más lejos de la afectación que Rusiñol. Era—y ya es

(Pasa a la página 267.)

volvió a usarla hasta que se cuenta que le curó el vicio Bagaria, el caricaturista, no sabemos si por el consuelo del alcohol.

El hecho es que el paseo diario de Rusiñol por las ramblas, cuando se hallaba en Barcelona, por las muchas personas que le salían al camino, era todo un triunfo, sobre todo desde la muerte de Guimerá. Se le quería y se le respetaba, y cuando se celebró en 1926 su homenaje en Barcelona y Sitges a la vez, se juntaron a toda Cataluña, toda la España culta y buena parte del mundo artista de todas las naciones. Era su aureola la del bohemio rico, que se pasa la vida repartiendo su dinero entre bohemios pobres. Era el buen mozo airoso, que con su sola presencia parecía encarnar la vida artista y libre. Era el castellano de Cau Ferrat, en Sitges, casa que adquirió por mil pesetas en 1892, pero donde hizo tales obras que empezó por ser una colección de hierros y acabó en museo de cerámica y de cuadros antiguos y modernos, tan celebrado y frecuentado que cuando últimamente residía en Sitges, solía ir a vivir al hotel, para encontrar tranquilidad. Era el satírico de la ciudad y sus alrededores; de su nueva aristocracia en *Gente bien*, de sus

Juegos Florales en *Els Jocs Florals de Camprosa*, de los concursos de belleza, en *Miss Barceloneta*. Era también su símbolo, porque ¿de dónde ha salido esta gran ciudad moderna, la reina del Mediterráneo, con sus parques y palacios, placeres y esplendores, sino de aquel pobre señor Esteve, tan estrecho, tan tacaño, tan miserable, y tan previsora y laborioso? Pero era, sobre todo, lo que quisieran ser los habitantes de una gran ciudad atareada, porque Santiago Rusiñol se levantaba a las tres de la tarde y pasaba las noches conversando y bebiendo entre amigos.

El satírico del orden burgués.

—La obra de teatro de Rusiñol y, en general, toda su obra literaria, salvo los libros de viajes, parece inspirarse en un sentimiento único: el horror a la vida burguesa, al orden burgués, al sistema burgués de estimaciones. Diríase que no se pudo perdonar en toda la vida la probabilidad de haberse muerto en el negocio familiar, y que no se le ocurría escribir un libro sino cada vez que se acordaba, con rabia, de que él también hubiera podido llevar la vida ordenada de trabajo de su caballeroso hermano Alberto, el secretario de la Asamblea de Cámaras de Comercio de 1898 en Zaragoza. La